

Extracto de *La canción de Amina* de Sigrid Heuck.

El jeque Idí Hamid tenía muchos hijos de sus numerosas mujeres. En cuanto cumplían seis veranos, sus madres los enviaban fuera para que, junto con sus hermanos y hermanas, primos y primas guardaran las ovejas y las cabras de la familia.

Uno de esos hijos era una niña llamada Amina. Su piel era más blanca que la de sus hermanas, sus ojos parecían aceitunas negras, y su pelo, oscuro como la noche, tenía un brillo rojo semejante al resplandor con que el sol cubre la tierra un poco antes de ponerse. Amina era la hija predilecta del jeque. Él le cumplía todos los deseos que leía en sus ojos, siempre que no se tuvieran en contradicción con las costumbres y las leyes de la tribu.

- ¿Por qué se llaman los miembros de nuestra tribu “hijos del viento” y no “hijas del viento”? –le preguntó una vez a su padre la pequeña princesa mientras se acomodaba en sus rodillas y reclinaba la cabeza en los pliegues de sus amplias vestiduras.

-No lo sé –respondió el jeque-. Tal vez porque siempre se han llamado así y no ha habido ningún motivo para cambiar el nombre.

-¿Quién decide eso? –quiso saber la chiquilla.

-El consejo de ancianos –le explicó el padre.

-¿Y quiénes son éstos?

-Son los hombres más ancianos de la tribu.

-¿Y por qué no lo son también las mujeres?

-Eso es contrario a la ley.

-¿Y quién hace las leyes?

-Los hombres que forman el consejo de ancianos –replicó el jeque Idí Hamid. Y para que no le hiciera más preguntas, le pidió a la chiquilla que le llevara una jarra de agua fresca.

Por la noche, el jeque le dijo a Fátima, la madre de Amina:

-Creo que ya va siendo hora de enviar a nuestra hija a reunirse con los otros niños y con el rebaño. Ha cumplido ya siete veranos y se le ocurren ideas disparatadas.

-¿No es demasiado pronto? Es muy frágil todavía –objetó Fátima-. ¿Y quién me preparará la lana que necesito para tejer mis alfombras?

-¡Bah! Alá tenderá su mano sobre ella. Además puede cuidarla su hermano Alí. Deja que se marche. Le vendrá bien –replicó el jeque, pero no dijo que alejaba a la princesa Amina porque sus preguntas le resultaban incómodas.

Francisco de Quevedo
A un hombre de gran nariz.

Érase un hombre a una nariz pegado,
érase una nariz superlativa,
érase una nariz sayón y esquiva,
érase un pez espada muy barbado.

Era un reloj de sol mal encarado,
érase una alquitara medio viva,
érase un elefante boca arriba,
era Ovidio Nasón más narizado.

Érase el espolón de una galera,
érase una pirámide de Egipto,
las doce Tribus de narices era.

Érase un naricísimo infinito,
muchísima nariz, nariz tan fiera
que en la cara de Anás fuera delito.



Extracto de El valle de los lobos de Laura Gallego García.

“Un día se encontró con Fenris en la biblioteca, y, venciendo su reticencia, se acercó a preguntarle por los unicornios. El mago elfo estaba de buen humor aquella mañana, y sonrió.

--Me preguntaba cuánto tardarías en interesarte por el tema.

--¿Por qué?

--Porque todos los magos buscan un unicornio en algún momento de sus vidas. Se dice que su cuerno mágico proporciona un poder casi ilimitado a quien lo posee.

--Se dice -observó ella sagazmente-. ¿Y eso es cierto o es una leyenda? Se ha escrito tanto acerca de los unicornios que cualquier cosa podría ser falsa. La información a veces se contradice. ¿Cómo sé qué libros dicen la verdad, y cuáles son sólo cuentos de hadas? Es frustrante.

--La simple búsqueda del unicornio es ya de por sí algo frustrante. Muchos magos y aprendices antes que tú ya intentaron atrapar uno, sin resultado. Incluso hay quien dice que se han extinguido.

--¿Y es así?

--Es posible. Pero la opinión más extendida es que simplemente quedan muy pocos, pese a lo difícil que es capturarlos.

--¿Y por qué es tan difícil?

--Porque son criaturas mágicas, sobrenaturales, salvajes y libres como el viento, y mucho más inteligentes que cualquier mortal. Nadie puede verlos a menos que ellos quieran -la miró con fijeza-. ¿O es que acaso te has topado con alguno?

--No. ¿Debería?

El mago sonrió.

--Es lo que pasa siempre -comentó-. Conoces el bosque de punta a punta y, en cambio, nunca has visto al unicornio del Valle de los Lobos.

Dana era ahora toda oídos.

--¿Quieres decir que hay un unicornio en este bosque, el bosque del Valle de los Lobos?

El elfo sacudió la cabeza.

--No me atrevería a jurarlo -dijo-. Hay muchas leyendas que afirman que es así, pero yo no conozco a nadie que lo haya visto.

Dana no dijo nada, pero meditó bien aquella nueva información.

--Puedes probar a buscarlo -añadió Fenris-. Pero yo apostaría a que no lo encontrarás. Casi seguro que lo único que hay en ese bosque son lobos."